

BIBLIOGRAFÍA. *Historia de la Conquista del Perú por don Sebastian Lorente, 1 t. en 8.º, Paris i Lima.—Juicio crítico por el miembro de la Facultad de Humanidades don Diego Barros Arana.*

Con el título de *Historia de la Conquista del Perú*, acaba de publicarse en Francia la segunda parte de la historia peruana que escribe don Sebastian Lorente. Está destinada a narrar los sucesos de la conquista española en aquel país, las proezas maravillosas de los conquistadores, i la destruccion i desaparicion del poderoso imperio de los Incas. La relacion termina con la pacificacion jeneral del Perú por Vaca de Castro despues de la derrota i ejecucion de Almagro el mozo, sucesos con que concluye la conquista verdaderamente dicha, i comienza la historia del vireinato.

En un artículo anterior, (1) he dado cuenta minuciosa i detenida de la primera parte de la obra del señor Lorente, compendiando sus interesantes investigaciones sobre el orijen, desarrollo i establecimiento de la monarquía de los Incas, extractando sus importantes apreciaciones filosóficas, i señalando atentamente todas las ideas i las noticias que me parecieron mas notables en aquel libro. Ahora voy a analizar su segunda parte, sin entrar a compendiar su narracion, porque los sucesos que ella comprende son jeneralmente conocidos.

El señor Lorente principia por exponer los antecedentes que precedieron al descubrimiento del Perú, las expediciones de Balboa, las navegaciones de Andagoya en el mar del sur, i la sociedad formada en Panamá entre Francisco Pizarro, Diego de Almagro i Hernando de Luque para descubrir i conquistar el rico imperio de que les daban noticias vagas, pero casi siempre uniformes, los indios habitantes de aquellas costas. Entónces es cuando se abre el gran drama de la conquista, i cuando el señor Lorente entra de lleno en la relacion de los sucesos con sus pormenores i detalles.

La historia de la conquista del Perú, escrita tantas veces i en libros bastante afamados, i objeto de la interesante obra de Prescott, podia considerarse ya como una materia casi enteramente agotada. El señor Lorente lo ha reconocido por sí mismo al ejecutar su trabajo; i poco o casi nada ha podido agregar en materia de hechos, de datos nuevos, de pormenores desconocidos. He tenido cuidado de leer algunos de sus capítulos, cotejándolos atentamente con la obra de Prescott o con otras historias, i he encontrado los mismos detalles, las mismas incidencias, con solo la mas completa diversidad de estilo. Muchas veces el señor Lorente llega a descuidar los pormenores i a olvidarlos completamente, contentándose con trazar cuadros palpitantes de animacion i colorido.

(1) Véase *Anales de la Universidad de Chile*, páj. 3 i siguientes del tomo XIX.

Bajo este aspecto, su obra es enteramente nueva. No solo ha dado nueva luz sobre el carácter de los personajes, sino que, aplicando a sus acciones; una observacion prolija, los ha presentado bajo formas casi desconocidas. Sin adular en nada la verdad histórica, Pizarro ha dejado de ser el soldado rencoroso i brutal para presentársenos bajo las apariencias de un caudillo tosco pero entendido, apasionado pero muchas veces noble i generoso. Los hechos son de ordinario apreciados bajo otra faz, sin que el lector descubra en la apreciacion sutilezas i puerilidades, sino sano criterio i juicio delicado.

Pero este es el menor de los méritos de la obra del señor Lorente. Hasta ahora, los historiadores habian seguido a los soldados españoles en su maravillosa campaña de proezas i conquistas, sin cuidarse para nada de la raza conquistada. ¿Cómo pudo suceder que un imperio tan poderoso se disolviera despues de la sorpresa de Cajamarca? ¿Por qué un puñado de conquistadores pudo imponer su dominacion a millares de habitantes que habian alcanzado cierto grado de civilizacion? ¿Cómo se operó en el vasto imperio de los Incas un cambio tan rápido i violento, como radical i completo, en su manera de ser, en su religion i en su gobierno? Estas cuestiones, mas importantes sin duda para la historia filosófica que la relacion detallada de las guerras i los combates, necesitaban una explicacion que los historiadores no habian dado. El señor Lorente ha comprendido bien este vacío de las historias, i ha cuidado de llenarlo. Tomando muchas veces sus propias palabras, voi a consignar aquí algunas de las observaciones que hace a este respecto.

En el momento en que los españoles desembarcaban en las costas del Perú, el imperio de los Incas salia apénas de una espantosa guerra civil. Dos hijos del Inca Huaina Capac, Atahualpa i Huáscar, se habian disputado el imperio, i en una gran batalla campal el triunfo habia quedado por el primero. La sociedad peruana, dividida en bandos por aquella contienda, no habia vuelto aun a su quietud natural, los vínculos de obediencia se habian relajado i el sistema entero habia sufrido las consecuencias de aquella lucha. Al saber que los extranjeros habian desembarcado en Tumbes, Atahualpa creyó que serian fácilmente esterminados por los indios de la costa; pero al noticiársele que habian escapado de los riesgos del desembarque i de las conjuraciones de los indios, creyó que los aventureros castellanos eran mas capaces de despertar su curiosidad que de inspirar temor a su corazon animoso i altivo. ¿Qué inquietud podia causar un puñado de advenedizos a quien habia desafiado el poder de su hermano Huáscar obedecido por medio imperio? Atahualpa hizo consultar los oráculos, i el mas acreditado de todos, el de Pachacamac, auguró que los invasores moririan. Lo mas seguro que pareció al Inca fué atraerlos al campamento

imperial, situado cerca de Cajamarca, cortarles allí toda retirada, oprimirlos bajo el peso de millares de guerreros, i una vez en su poder, tomarlos a su servicio, o esterminarlos segun mejor le estuviere. La osadía de Pizarro i sus compañeros vino a frustrar estos planes, i a poner, en sus manos la persona del Inca.

De este modo tan natural, tan lójico i tan conforme con las crónicas i documentos coetáneos, explica el señor Lorente la primera parte de la conquista española en el Perú, la marcha tan aventurada como feliz de los conquistadores por entre millares de indios que los habrían destruido en cada desfiladero de la montaña, si el soberano no hubiera tenido el proyecto de apoderarse de ellos en el interior. Pero la captura del Inca, si bien era un rudo golpe dado a la existencia de la monarquía, no habría importado la disolucion de un imperio que contaba millares de habitantes i una organizacion cimentada al parecer sobre bases sólidas i casi indestructibles. El señor Lorente halla la esplicacion del cataclismo que echó al suelo el poderoso imperio, en causas estrañas a la voluntad de los conquistadores, que por sí solos habrían sido incapaces de consumir aquella obra.

El socialismo de los Incas, que suponía un gobierno divino i un pueblo sin pasiones, nunca pudo establecerse de una manera sólida; i debió perecer falto de verdad, de unidad i de objeto, luego que el gobierno paternal de los hijos del sol se hizo imposible por la prosperidad creciente i la grandeza misma del imperio. El prestigio que daban a los Incas su majestad siempre acatada i su presunto orijen divino, desapareció tambien el día en que el infortunado Huáscar sufrió una muerte indigna. La nobleza, o sucumbió en gran parte en la guerra civil, o perdió su prestigio, su entusiasmo i su enerjía bajo la mano férrea de los jenerales de Atahualpa. Los curacas o caciques sintieron durante la guerra el precio de su antigua independencia, i desearon sacudir un yugo que se hacia siempre pesado, ya cuando eran arrastrados a engrosar las filas del ejército amigo, ya cuando sufrían la feroz venganza de enconados enemigos. El pueblo, condenado a sufrir el peso de la guerra i las intolerables exacciones del vencedor, no tenía interes en sostener aquel fantasma del antiguo i amado réjimen. La presencia de los españoles en el Perú bastaba para que viniese a tierra el vacilante edificio. La fascinacion producida por las armas, infinitamente superiores de los soldados castellanos, por su cultura avanzada i por su audacia mas que humana, anonadaba el poder de los hijos del sol. Faltando la autoridad acatada desde que el Inca fué preso, sometido a juicio i ejecutado, i el poder que daba impulso i dirigía aquella complicada máquina de civilizacion, por necesidad habia de sufrir el estado las terribles convulsiones de la anarquía, i el desórden debia ser tanto mas profundo cuanto que el individuo, la familia, la comunidad, la sociedad entera se confun-

dian con el gobierno. De todas partes brotaron los abundantes manantiales, de discordia, que de origen antiguo o de aparición reciente, estaban igualmente contenidos por la hábil política de los Incas. Los yanaconas se alzaban contra sus amos, los barrios bajos de la capital entraban en luchas sangrientas con los altos, i los mitimaes con los orijinarios, volviéndose así, como sucede siempre, en daño de la dominacion imperial el mismo principio de division de que ántes sacaba gran parte de su fuerza. Al comenzar una revolucion tan radical que conmovia los cimientos del orden social, hundíase rápidamente la civilizacion, i ántes que se estableciese de nuevo la armonía de las ruedas de la administracion, todo venia abajo instituciones benéficas i costumbres arregladas.

Ni la educacion ni la experiencia permitian a Pizarro comprender la profunda revolucion de que él mismo era el principal autor; mucho ménos le era dado dirigir las fuerzas sociales que una vez desencadenadas rara vez reconocen el freno de la intelijencia mas previsora ni del carácter mas imperioso. Sin embargo, la natural sagacidad sujirió al conquistador una línea de conducta, que, sin poderlo pensar, habia de producir un resultado favorable a la causa de la conquista. El pais era tan vasto, la poblacion tan numerosa i tan ilimitados los medios de resistencia que fuera locura esperar la pronta sumision contando solo con los sucesos de la guerra. Por brillantes que fueran las victorias, los combates multiplicados darian breve fin a la falanje conquistadora. La presencia de este peligro sujirió a Pizarro el pensamiento de hacer alianzas parciales con los diversos partidos que dividian el imperio, buscar un vástago de la familia real a quien poner en el trono con las apariencias de soberano, e inclinándose una vez a uno de los vástagos de la estirpe réjia i despues a la otra, captarse la voluntad del mayor número. En esto mismo habia algun peligro. El Inca Manco llegó a creerse soberano, pretendió imponer su voluntad, i levantó un inmenso ejército para ir a sitiar a los conquistadores en la antigua i venerada capital del imperio; pero la division de los bandos, la desorganizacion jeneral i el prestigio i hazañas de los soldados castellanos llevaban la monarquia a su completa disolucion; i los ejércitos peruanos se dispersaron convencidos de su impotencia para sostener un orden de cosas que se desplomaba por sí solo. Algunos años mas tarde se repitieron las tentativas de la raza conquistada para reorganizar el imperio i arrojar de su suelo a los conquistadores; pero las mismas causas que precipitaron su ruina impidieron la realizacion de proyectos tan atrevidos. Los indios conservaron despues de desaparecer la dinastía nacional, su dulce carácter, su docilidad, sus hábitos de sencillez, el apego al cultivo de la tierra, el espíritu de comunidad i otros elementos de orden social que perpetuaron la nacionalidad i la dispusieron a recibir una cultura superior. En vez de dispersarse en los bosques como

otras razas americanas i de extinguirse, ya entre las privaciones de la soledad ya en guerras de esterminio, continuaron viviendo apaciblemente al lado de los conquistadores, templaron su fiereza a fuerza de mansedumbre; mostraron admirable disposicion para recibir las artes i las luces del mundo civilizado.

El señor Lorente ha espuesto con mas detencion que la que nos es posible emplear en un artículo, las causas de la conquista española i de la desaparicion del imperio de los incas. Aun cuando estas apreciaciones sean la parte mas notable de su libro, los cuadros que traza de las campañas militares i de las combinaciones colonizadoras de Pizarro i sus compañeros basados casi siempre sobre hechos conocidos, tienen el atractivo i la novedad de la forma i de la animacion. El señor Lorente es como esos pintores de una escuela que los críticos han llamado colorista. Se acuerda poco de los detalles, del dibujo, de los perfiles, pero sabe buscar el efecto jeneral, la impresion i el realce de sus personajes. Los detalles i los pormenores solo le sirven para dar mas vida i mas animacion al conjunto. El paisaje, la localidad tienen una parte principal en sus cuadros; i es preciso confesar que él ha sabido sacar provecho de esos accidentes para su historia.

Este sistema que ofrece grandes ventajas, tiene tambien graves inconvenientes, sobre todo para los lectores que buscan mas la instruccion que el entretenimiento en los libros de historia. La cronolojia, si bien no desaparece del todo, no presenta tampoco la facilidad que se requiere para hallar al primer momento la fecha de los acontecimientos. Los detalles que no convienen al cuadro, i que pueden interesar a muchos lectores, o no se encuentran en el libro o se hallan apenas indicados, obligándonos a seguir la lectura con una atencion particular para no confundirnos al pasar de un bosquejo a otro.

Este sistema ha obligado al señor Lorente a descuidar algo el estudio crítico de los pormenores i a caer en errores de mas o ménos importancia. En la página 383 refiere que un soldado llamado Juan de Samaniego asesinó a Pedro de Lerma después de la batalla de las Salinas; pero que jactándose de su crimen cinco años mas tarde, el gobernador, (Pizarro,) lo condenó a la horca. Pizarro habia sido asesinado dos años ántes de la ejecucion de Samaniego, que fué decretada por el alcalde de Puerto viejo.

En otra parte de su historia este descuido nos ha parecido de mayor consideracion, i es en aquella en que se trata de la prision i muerte de Almagro el viejo. El señor Lorente recuerda unas memorias escritas por don Alonso Henríquez de Guzman, testigo i actor en esos sucesos, pero no se ve que haya sacado todo el provecho de ese curiosísimo documento en que se encuentran los pormenores mas interesantes i característicos acerca de aquella singular tragedia. Señala solo la fecha del 8 de julio de 1538, co-

mo el día en que se tomó su confesion jurídica al infeliz Almagro, i que Prescott designa como el día en que se firmó su sentencia; pero ninguno de los dos historiadores indica la fecha de la ejecucion que fija Henriquez de Guzman en el mismo día 8 con un conjunto de incidencias i detalles sumamente curiosos. Esta fecha, ademas, se halla comprobada con el testimonio del obispo de Panamá frai Tomas de Berlanga, que refiere el suceso en una interesante carta al emperador Cárlos V.

Estos vacíos i otros que pudiéramos señalar, disminuyen mui poco el mérito de la obra del señor Lorente, en que hemos encontrado apreciaciones del mas alto interes i de la mayor importancia, que acompañan a una relacion animada, palpitante i agradable. El conocimiento propio que él ha adquirido de las localidades, le permite hacer hermosísimas descripciones de las cordilleras, los valles i el clima del Perú con que engalana a cada paso la narracion de los sucesos de la conquista.

Al terminar este artículo, repetiré una observacion que hice al analizar la historia de los primitivos habitantes del Perú. Para el lector que no ha hecho estudios prolijos sobre la materia de que se trata, el libro del señor Lorente tiene un vacío casi irreparable en su falta de notas i referencias a los documentos en que se apoya. Un historiador ingles que goza de alguna reputacion, M. Alison, ha hecho a M. de Lamartine una crítica que es enteramente aplicable al historiador del Perú. "Este defecto, dice, no solo priva a sus obras de todo valor como libro de referencia, sino que le hace a él mismo un grave mal inclinando a sus lectores a que crean que todo cuanto dice es una ficcion, i que si no señala autoridades es porque no las tiene (2)." Los que no conocen los documentos u otras historias, pueden abrigar las mismas dudas respecto de una obra tan estudiada i juiciosa como la del señor Lorente.



EXÁMENES de los alumnos de los establecimientos públicos de educacion de esta capital, rendidos a fines del año escolar de 1861.—Comisiones universitarias para presenciarlos, e informes de dichas comisiones.

I.

FACULTAD DE FILOSOFIA I HUMANIDADES.

Santiago, 23 de noviembre de 1861.—En cumplimiento de lo que US. me indica en su nota del 21 del corriente, núm. 214, he designado los miembros que, de la Facultad que presido, deben concurrir a los exáme-

(2) History of Europe from 1815 to 1852, Chap. XVIII, § 23.